

Menciones de Lacan al caso de los “sesos frescos”

Seminario I (pp. 98-101)

“Pues bien, Kris expone, en uno de sus artículos, el caso de un sujeto que toma en análisis y que, por otra parte, ya había sido analizado una vez. Este sujeto encuentra grandes obstáculos en su trabajo, trabajo intelectual que, por lo que se vislumbra, parece muy próximo a preocupaciones semejantes a las nuestras. Presenta toda clase de dificultades en producir, como suele decirse. En efecto, su vida está como trabada pues tiene el sentimiento de ser, para abreviar digamos, un plagiario. Continuamente intercambia ideas con alguien que le es muy próximo, un brillante *scholar*, pero siempre siente la tentación de apoderarse de las ideas que su interlocutor le expone; esto constituye para él un permanente obstáculo para exteriorizar, publicar.

De todos modos logra producir un texto. Pero, un día llega declarando, de manera casi triunfante, que toda su tesis se encuentra ya en la biblioteca, en un artículo publicado. Hélo aquí pues esta vez plagiario a su pesar.

¿En qué consiste la pretendida interpretación en la superficie que nos propone Kris? Probablemente en esto: Kris se interesa efectivamente en lo que ha sucedido y en lo que hay en ese artículo. Examinándolo más de cerca, se da cuenta que para nada contiene lo esencial de la tesis elaborada por el sujeto. En él están esbozadas cosas que plantean el mismo problema, pero no están allí las nuevas ideas aportadas por su paciente, cuya tesis es, por lo tanto, totalmente original. Afirma Kris que hay que partir de allí, es esto lo que él llama, no sé por qué, tomar las cosas por la superficie.

Ahora bien, dice Kris, si el sujeto quiere manifestarle que toda su conducta está trabada porque su padre nunca llegó a producir nada porque estaba aplastado por su abuelo, quien sí era un personaje harto constructivo y fecundo. Necesita encontrar en su padre a un abuelo, a un gran padre (*grand-père*), capaz de hacer algo; el sujeto satisface esa necesidad forjándose tutores, tutores más grandes que él, en cuya dependencia se encuentra a través de un plagiarismo que luego se reprocha, y con cuya ayuda se destruye. Satisface con ello una necesidad que ha atormentado toda su infancia y, en consecuencia, dominado toda su historia.

Sin duda, la interpretación es válida. Es importante saber cómo el sujeto reaccionó ante ella. ¿Qué considera Kris una confirmación al alcance de lo que introduce, que está preñado en consecuencia?

Veremos luego desarrollarse toda la historia del sujeto. Veremos que la simbolización estrictamente hablando, peneana, de esa necesidad de un padre real, creador y potente, ha pasado por múltiples juegos en la infancia; por ejemplo, los juegos de pesca: ¿pescará el padre un pez más grande o más pequeño?, etc... Sin embargo, la reacción inmediata del sujeto es la siguiente: guarda silencio, y en la sesión siguiente dice: *el otro día, al salir de aquí, me fui a la calle X*—esto sucede en Nueva York, y se trata de una calle donde hay restaurantes extranjeros y donde se pueden comer cosas un tanto condimentadas— *y busqué un lugar donde pudiese encontrar ese plato que me gusta particularmente, los sesos frescos.*

Tienen aquí el tipo de respuesta evocada por una interpretación justa: a saber a nivel de la palabra a la vez paradójico y pleno en su significación.

¿Por qué es aquí justa esta interpretación? ¿Se trata acaso de algo que está en la superficie? ¿Qué significa eso? No significa nada excepto que Kris, sin duda a través de un laborioso rodeo, pero cuyo término hubiera podido seguramente prever, se percató precisamente de esto: que el sujeto, en su manifestación a través de esa forma especial que es la producción de un discurso organizado, en la que está siempre sometido a ese proceso que se denomina la denegación y en el que la integración de su ego culmina, no puede reflejar su relación fundamental con su yo ideal más que de forma invertida.

En otros términos, la relación al otro, en la medida en que tienden a manifestarse en ella el deseo primitivo del sujeto, contiene siempre en sí misma ese elemento fundamental, originario, que es la denegación, que adquiere aquí la forma de una inversión. Como puede ver, esto no hace sino introducir nuevos problemas.”

Seminario III (p. 116-118).

Recuerden lo que dije en una época ya pasada acerca de la bella observación de Kris sobre ese personaje habitado de la idea de que era un plagiario, y la culpabilidad aferente. Kris considera genial su intervención en nombre de la defensa. Desde hace algún tiempo, no tenemos más que esa noción de defensa, y como el yo debe luchar en tres frentes, es decir, en el id, en el superyó y en el mundo exterior, nos creemos autorizados a intervenir en cualquiera de estos tres planos. Cuando el sujeto alude al trabajo de uno de sus colegas al que nuevamente habría plagiado, nos permitimos leer ese trabajo, percatándonos de que nada hay en ese colega que merezca ser considerado como una idea original que el sujeto plagiase, se lo señalamos. Se considera que una intervención de esta índole forma parte del análisis. Por suerte, somos suficientemente honestos y ciegos como

para considerar como prueba de lo bien fundado de nuestra interpretación el hecho de que el sujeto traiga a la vez siguiente esta linda historieta: saliendo de la sesión, fue a un restaurante, y saboreó su plato preferido, sesos frescos.

Estamos encantados, la cosa funcionó. ¿Pero qué quiere decir? Quiere decir que el sujeto no entendió nada del asunto y tampoco entendió lo que nos trae, de modo que no se ve muy bien cuál sería el progreso realizado. Kris apretó el botón adecuado. Apretar el botón adecuado no basta. El sujeto sencillamente hace un *acting out*.

Confirmo el *acting-out* como equivalente a un fenómeno alucinatorio de tipo delirante que se produce cuando uno simboliza prematuramente, cuando uno aborda algo en el orden de la realidad, y no en el seno del registro simbólico. Para un analista, abordar el problema del plagiarismo no existe. No hay propiedad simbólica. La verdadera pregunta es: ¿por qué las cosas del orden simbólico adquirieron ese matiz, ese peso para el sujeto?

El analista debe esperar frente a eso lo que el sujeto le proporcionará, antes de hacer intervenir su interpretación. Como se trata de un gran neurótico que resiste la tentativa de análisis por cierta nada despreciable –ya había tenido un análisis antes de ver a Kris –tienen todas las posibilidades de que ese plagiarismo sea fantasmático. Si, en cambio, llevan la intervención al plano de la realidad, es decir, si vuelven a la más primaria de las psicoterapias, ¿qué hace el sujeto? Responde del modo más claro, en un nivel más profundo de la realidad. Da fe que algo surge en la realidad, que es obstinado, que se le impone, frente a lo cual nada que pueda decirsele cambiará en lo más mínimo el fondo del problema. Uno le demuestra que ya no es plagiario, y él muestra de qué se trata haciéndole comer a unos sesos frescos. Reitera su síntoma, y en un punto que no tiene ni mayor fundamento ni mayor existencia que el que mostró primero. ¿Acaso muestra algo? Iré más lejos: diré que no muestra nada, que algo se muestra.”

Seminario VI (pp. 533-534)

“También hay que relacionarlo con un ejemplo sobre el cual puse el acento en el discurso sobre la “Función y campo de la palabra y del lenguaje...”, a saber, la intervención de Ernst Kris concerniente al temor fóbico que un paciente sentía ante el plagio. El analista le explica que él no es ningún plagiario, tras lo cual el tipo se lanza afuera y demanda un plato de sesos frescos –para mayor alegría del analista, que en ello ve una reacción verdaderamente significativa a su intervención.

Por nuestra parte, digamos que, bajo una forma atenuada, así reacciona la dimensión propia del sujeto cada vez que la intervención intenta colapsarla, comprimirla, en una pura y simple reducción a los datos denominados *objetivos* –aunque sólo sean coherentes en los prejuicios del analista.”

Seminario X (pp. 138-139)

“Recuerden lo que resulta que escribí en mi informe sobre *La dirección de la cura*, acerca de la observación de Ernst Kris a propósito del caso de plagio. Kris, como ha tomado una determinada vía que quizás deberemos nombrar, quiere reducir a su paciente con los medios de la verdad, le muestra de la forma más irrefutable que no es plagiarlo – ha leído su libro, su libro es bello y claramente original. Por el contrario, son los otros quienes le han copiado. El sujeto no lo puede discutir. Pero le importa un rábano. Cuando sale, ¿qué hará? Como ustedes saben –creo que hay, de todas formas, algunas personas, una mayoría, que leen de vez en cuando lo que escribo–, se va a comer sesos frescos.

No estoy recordándoles el mecanismo del caso. Les enseño a reconocer un acting out y lo que esto quiere decir, o sea, lo que yo les designo como el *a* minúscula o la libra de carne.

Con los sesos frescos, el paciente simplemente le da una señal a Kris. Todo lo que usted dice es cierto, sólo que deja intocado el problema, quedan los sesos frescos. Para mostrárselo bien, al salir de aquí iré a comerlos y se lo contaré en la próxima sesión.”

Escritos

Respuesta al comentario a J. Hyppolite (pp. 381-383)

No daré de ello más prueba que el cuerpo del delito prometido en mi ejemplo, es decir justamente lo que el señor Kris nos produce como el trofeo de su victoria. Cree haber llegado a la meta; se lo participa a su paciente. “Solo las ideas de los otros son interesantes, son las únicas que vale la pena tomar; apoderarse de ellas es una cuestión de saber arreglárselas” –traduzco así *engineering* porque pienso que hace eco al célebre how to norteamericano, pongamos, si no es eso: cuestión de planificación.

“En ese punto –nos dice Kris– de mi interpretación, esperaba la reacción de mi paciente. El paciente se callaba, y la longitud misma de ese silencio, afirma, pues mide sus efectos, tiene una significación especial. Entonces como dominado por una iluminación súbita, profiere estas palabras: “Todos los días a mediodía, cuando salgo de la sesión, antes del almuerzo, y antes de volver a mi oficina, voy a dar una vuelta por la

calle tal (una calle, nos explica el autor, bien conocida por sus restaurantes pequeños, pero donde es uno bien atendido) y hago guiños a los menús detrás de las vidrieras de sus entradas. En uno de esos restaurantes es donde encuentro de costumbre mi plato preferido: sesos frescos.”

Es la palabra final de la observación. Pero el muy vivo interés que siento por los casos de generación sugerida de los ratones por las montañas, los detendrá a ustedes, así lo espero, todavía un momento, si les ruego examinar conmigo ésta.

Se trata de todo a todo de un individuo de la especie llamada *acting-out*, sin duda de pequeño tamaño, pero muy bien constituido.

Solo me asombra el placer de parece aportar a su partero. ¿Piensa acaso que se trata de una salida válida de ese id, que lo supremo de su arte ha logrado provocar?

Con seguridad la confesión de ello que hace el sujeto tenga todo su valor transferencial, es cosa fuera de duda, aun cuando el autor haya tomado el partido, deliberado, él lo subraya, de ahorrarnos todo detalle referente a la articulación, y aquí subrayo yo mismo, *entre las defensas* (de las que acaba de describirnos el proceso de desmontarlas) y *la resistencia del paciente en el análisis*.

Pero del acto mismo, ¿qué comprender? Salvo ver en él propiamente una emergencia de una relación oral primordialmente “cercenada”, lo cual explica sin duda el relativo fracaso del primer análisis.

Pero que aparezca aquí bajo la forma de un acto totalmente incomprendido por el sujeto no nos parece para éste nada benéfico, si bien nos muestra por otra parte adónde conduce un análisis de las resistencias que consiste en ataca el mundo (las *patterns*) del sujeto remodelarlo sobre el del analista, en nombre del análisis de las defensas. No dudo en que el paciente se encuentre, a fin de cuentas, muy bien sometiéndose aquí también a un régimen de sesos frescos. Llenará así una *pattern* más, la que un gran número de teóricos asignan propiamente al proceso de análisis: a saber, la introyección del yo del analista. Hay que esperar, en efecto, que aquí también es a la parte sana a la que entienden referirse. Y en este punto las ideas del señor Kris sobre la productividad intelectual nos parecen garantizadamente de conformidad para Norteamérica.

Parece accesorio preguntar cómo va a arreglárselas con los sesos frescos, los sesos reales, los que se rehogan con mantequilla y pimienta, para lo cual se recomienda mondarlos previamente de la pía madre, cosa que exige mucho cuidado. No es ésta sin embargo una pregunta vana, pues supónganse que hubiera sido por los muchachitos por los que hubiera descubierto en sí el mismo gusto, exigiéndose no menores refinamientos,

¿no habría en el fondo el mismo malentendido? Y ese *acting out*, como quien dice, ¿no sería igualmente ajeno al sujeto?

Esto quiere decir que el abordar la resistencia del yo en las defensas del sujeto, que al plantear a su mundo las preguntas a las que debería contestar él mismo, puede uno ganarse respuestas bien incongruentes, y cuyo valor de realidad, en cuando a las pulsiones del sujeto, no es el que se da a reconocer en los síntomas. Esto es lo que nos permite comprender mejor el análisis hecho por el señor Hyppolite de las tesis aportadas por Freud en la *Verneinung*.

La dirección de la cura (Todo el punto 9 del capítulo 2 es el caso Kris)

“9. Lo que puede decirse es que las vías nuevas en las que se ha pretendido legalizar la marcha abierta por el descubridor dan prueba de una confusión tal en los términos, que se necesita la singularidad para revelarla. Volveremos a tomar pues un ejemplo que ha contribuido ya a nuestra enseñanza; por supuesto, ha sido escogido en un autor de calidad y especialmente sensible, por su prosapia, a la dimensión de la interpretación. Se trata de Ernst Kris y de un caso que él mismo no nos oculta haber tomado de Melitta Schmideberg [15].

Se trata de un sujeto inhibido en su vida intelectual y especialmente inepto para llegar a alguna publicación de sus investigaciones, esto en razón de un impulso a plagiar que no parece poder dominar. Tal es el drama subjetivo.

Melitta Schmideberg lo había comprendido como la recurrencia de una delincuencia infantil; el sujeto robaba golosinas y libros, y fue por ese sesgo por donde ella emprendió el análisis del conflicto inconsciente.

Ernst Kris se atribuye el mérito de retomar el caso según una interpretación más metódica, la que procede de la superficie a la profundidad, dice él. Que la ponga bajo el patronazgo de la psicología del ego según Hartmann, de quien cree deberse hacer partidario, es cosa accesoria para apreciar lo que va a suceder. Ernst Kris cambia la perspectiva del caso y pretende dar al sujeto el *insight* de un nuevo punto de partida desde un hecho que no es sino una repetición de su compulsión, pero en le que Kris muy loablemente no se contenta con los decires del paciente. Y cuando éste pretende haber tomado a pesar suyo las ideas de un trabajo que acaba de terminar de una obra que vuelta a su memoria, le permitió cotejarlo a posteriori, va a las piezas probatorias y descubre que nada hay allí aparentemente que rebase lo que implica la comunidad del campo de

las investigaciones. En suma, habiéndose asegurado que su paciente no es plaguario cuando cree serlo, pretende demostrarle que quiere serlo para impedirse a sí mismo serlo de veras –lo que llaman analizar la defensa antes de la pulsión, que aquí se manifiesta en la atracción hacia las ideas de los otros.

Esta intervención puede presumirse errónea por el solo hecho de que supone que defensa y pulsión son concéntricas y están, por decirlo así, moldeadas la una sobre la otra.

Lo que comprueba que lo es efectivamente es aquello en lo que Kris la encuentra confirmada, a saber: que en el momento en que cree poder preguntar al enfermo lo que piensa de ese cambio de signo, éste, soñando un instante, le replica que desde hace algún tiempo, al salir de la sesión, ronda por una calle que abunda en restaurancitos atractivos, para atisbar en los menús el anuncio de su plato favorito: sesos frescos.

Confesión que, más bien que digna de considerarse como sanción de la felicidad de la intervención por el material que aporta, nos parece que tiene el valor correctivo del *acting out*, en el informe mismo que da de ella.

Esa mostaza después de cenar que el paciente respira, me parece que dice más bien al anfitrión que ella faltó durante la cena. Por muy compulsivo que sea para olfatearla, se trata de un *hint*; síntoma transitorio sin duda, advierte el analista: usted erró el blanco.

Yerra usted el blanco en efecto, proseguiré yo, dirigiéndome a la memoria de Ernst Kris, tal como la he conservado del Congreso de Marieband, del que me despedí después de mi comunicación sobre el estadio del espejo, preocupado como estaba de ir a husmear la actualidad, una actualidad cargada de promesas, en la Olimpiada de Berlin. Me objeto amablemente, en francés: “Ça ne se fait pas!”, ganado ya por esa tendencia a lo respetable que es tal vez lo que da aquí ese sesgo a su actitud.

¿Es eso lo que extravía, Ernst Kris, o sólo que sus intenciones sean rectas?; pues su juicio lo es también sin duda alguna, pero las cosas, por su parte, van en zigzag.

No es que su paciente no robe lo que importa aquí. Es que no... Quitemos el “no”: es que roba *nada*. Y eso es lo que habría que haberle hecho entender.

Muy a la inversa de lo que usted cree, no es su defensa contra la idea de robar lo que le hace creer que roba. Es que pueda tener una idea propia de lo que no tiene ni la menor idea, o apenas.

Inútil pues adentrarnos en ese proceso de dar a cada quien su parte, en el que Dios mismo se perdería, de lo que su colega le escamotea de más o menos original cuando discute con él el pedazo de tocino.

Esa gana de sesos frescos, ¿no puede refrescarle sus propios conceptos, y recordarle en los trabajos de Roman Jakobson la función de la metonimia?, regresaremos sobre esto dentro de un rato.

Habla usted de Melitta Schmideberg como si ella hubiese confundido la delincuencia con el Ello. Yo no estoy tan seguro y, si he de referirme al artículo donde cita ese caso, la formulación de su título me sugiere una metáfora.

Trata a usted al paciente como a un obsesivo, pero él tiende la pértiga con su fantasía comestible: para darle la ocasión de adelantarse en un cuarto de hora a la nosología de su época diagnosticando: anorexia mental. Refrescará usted de pasada, devolviéndolo a su sentido propio, ese par de términos reducidos por su empleo corriente a la dudosa calidad de una indicación etiológica.

Anorexia, en este caso, en cuanto a lo mental, en cuanto al deseo del que vive la idea, y esto nos lleva al escorbuto que reina en la balsa en la que lo embarco con las vírgenes flacas.

Su rechazo simbólicamente motivado me parece tener mucha relación con la aversión del paciente respecto de lo que cavila. Tener ideas, ya para su papá, nos lo dice usted, no era cosa fácil. ¿No sería que el abuelo, que se había ilustrado en ese terreno, lo habría asqueado de ello? ¿Cómo saberlo? Sin duda tiene usted razón al hacer del signifiante “grande”, incluido en el término de parentesco [*grand-père* (abuelo)], el origen, sin más, de la rivalidad ejercida frente al padre por el pescado más grande obtenido en la pesca. Pero este *challenge* de pura forma sugiere más bien que quiera decir: nada que freír.

Nada pues en común entre su procesión, que dice a partir de la superficie, y la rectificación subjetiva, puesta en primer plano más arriba en el método de Freud, donde por otra parte no se motiva ninguna prioridad tópica.

Es también que esta rectificación en Freud es dialéctica, y parte de los decires del sujeto para regresar a ellos, lo cual quiere decir que una interpretación no podría ser exacta sino a condición de ser...una interpretación.

Tomar partido aquí en cuanto a lo objetivo es un abuso, aunque sólo fuese porque el plagiarismo es relativo a las costumbres del uso”